

COMISIÓN NACIONAL DE LITURGIA - CHILE

EL SILENCIO

HACER SILENCIO:

Es común oír, en el lenguaje de la gente de nuestro pueblo, las expresiones: “decir una misa” o “hacer una misa”. Expresiones que suenan mal entre nosotros que estamos acostumbrados a usar la palabra “celebrar” la Eucaristía.

La palabra “decir” es la menos apropiada: quizás alude a la abundancia de palabras que se pronuncian en la misa, mientras la palabra “hacer” alude mas bien a los ritos, a las ceremonias...

Sí, la misa es más bien del orden del “hacer” que del “decir”: “Hagan esto en memoria mía”... Hasta se dice “hacer silencio”...

Y es cierto que tenemos el prurito de la logomaquia en nuestras celebraciones, queremos explicarlo todo, tenemos miedo al silencio como si fuera un vacío, un “bache”, y queremos llenarlo con palabras o con cantos como si éstos fueran “tapahoyos”...

Si queremos renovar nuestras celebraciones, es necesario redescubrir la importancia del silencio, practicarlo nosotros mismos los ministros, como expresión de nuestra vida interior, y darle su lugar, sobre todo en los momentos previstos por las normas.

El silencio es lo que permite oír otra voz, otra lengua, otra música que se esconden detrás de él. Es una invitación a ponerse en escucha de una palabra de vida, en una humilde actitud de oración. En liturgia, es la invitación que hace el sacerdote cada vez que dice “Oremos”: el silencio que sigue se llena de nuestros deseos, de nuestras intenciones, de nuestras peticiones.

La cualidad del silencio se mide a la cualidad de las palabras o de los cantos que lo preceden. Hacer silencio después de una obra de Mozart o de Bach... es seguir escuchando la música que continua resonando en nuestro interior como si fuéramos contagiados por ella.

Pasa lo mismo en liturgia: un texto bien proclamado, bien sentido, bien vivido se prolonga casi automáticamente por un tiempo de silencio que es el tiempo del recogimiento y de la meditación. Silencio que permite al texto resonar en lo profundo de nuestros corazones. Silencio que no se confunde con una ausencia de toda sonoridad: funciona mucho más como un especie de “punto de órgano” necesario para la comprensión y asimilación de la Palabra escuchada.

EL SILENCIO EN LA CELEBRACION

En la liturgia, hacer silencio no significa hacer el vacío. Se trata más fundamentalmente de una participación activa del fiel que se asocia, de una manera peculiar, al misterio que celebra. Hacer silencio, no es quedarse mudo, no es ser reducido a asistir pasivamente a la acción litúrgica, como si nos fuera extraña; es consentir y adherir a una Palabra escuchada y comulgar a una oración compartida.

El silencio va más allá: allí donde las palabras se quedan limitadas, allí donde los cantos no alcanzan a expresar lo inefable. El silencio como el gesto, comprometen mucho más que las palabras y los cantos, incita toda nuestra persona a reconocer que el Dios que hemos invocado es Aquél que reconocemos en Jesucristo, mientras nuestros términos y nuestros cantos son torpes para describir un misterio tan grande.

Es cuando expira, que el silencio se impone en la Cruz, en el momento en que Jesús el centurión exclama: "Seguramente este hombre era justo" (Lc 23,47)

"OREMOS..."

En la misa, como en la celebración de los sacramentos, cada vez que hay una oración, el sacerdote empieza diciendo: "Oremos"... No se trata de una simple fórmula de cortesía, y sobre todo como una orden, como si se dijera: "pónganse de pie!".

Este anuncio tiene dos objetivos: en primer lugar anunciar que la oración que va a seguir, es la de toda la asamblea, aun cuando es el sacerdote el que habla y se dirige al Señor, luego invitar a los miembros de la asamblea a orar.

Y ¿cómo esto sería posible si, apenas la invitación formulada, se proclama inmediatamente el texto de la oración? Esta invitación, como lo dice muy bien la IGMR (n.88) es necesariamente seguida de un tiempo de silencio que deja lugar a la oración de cada uno y de todos, incluido el sacerdote (Oremos!)

El texto de la oración que luego dice (solo) el sacerdote –y que será pronunciado en un tono que expresa el clima de oración– no será, de una cierta manera, sino la conclusión.

Toda oración litúrgica sigue este esquema: anuncio, interiorización, oración.

También al final del texto, antes de la fórmula "Por NSJC", una pausa permitirá interiorizar el contenido de la oración.

Es cierto que el texto de muchas de estas "colectas" parece un "comprimido" de oración poco accesible a nuestra gente sencilla. Es siempre posible adaptarla.

Pero quizás lo más importante es la fórmula final que indica que el único Mediador y Sumo Sacerdote, es Cristo mismo que siempre sigue intercediendo por nosotros.

EN LA PRÁCTICA

Algunas sugerencias para el equipo litúrgico y el que preside.

LA PREPARACION PENITENCIAL

(No es, como la aspersion del agua bautismal, un “rito” dentro del “Rito de apertura” que va desde el canto inicial hasta la oración colecta. Es preferible hablar de “acto” o mejor de “preparación penitencial”, sin ser un examen de conciencia). El que preside invita a cada uno a hacer silencio para expresar el deseo de convertirse, de volver a El. Este silencio no debe ser pesado, no se trata de llenarlo de una pesada carga culpabilizante. Puede ser breve, pero debe ser un momento intensivo que permite a cada uno entrar en si mismo para sentirse necesitado de la misericordia del Señor.

LA ORACION DE APERTURA

Frecuentemente, la invitación a recogerse del que preside (“Oremos al Señor”) no encuentra eco silencioso. Es sin embargo, un momento importante para prepararse a acoger la Palabra de Dios antes de unirse a las palabras de la oración que recogen (“oración-colecta”) todas las intenciones de cada miembro de la asamblea. Este silencio puede ser más largo, sobre todo si interviene después del canto alegre y festivo del Gloria. Esta respiración es necesaria, y encuentra su resolución en el Amén pronunciado por todos.

Evidentemente, el mismo celebrante debe dar el ejemplo, y no es el momento de buscar las páginas del misal.

Es útil también marcar una pausa antes de la conclusión “Por NSJC”: esta pausa permite respirar un poco, a fin de asimilar en lo posible palabras densas que son como un comprimido de oración. No son ellas lo mas importante, sino la conclusión que designa a Cristo como el único Mediador (sacerdote), al igual y con la misma solemnidad que la Doxología “Por Cristo, con El...”

DESPUÉS DE LA LECTURA Y DE LA HOMILIA

El silencio prolonga la escucha humilde y confiada de la Palabra, a fin de meditarla brevemente.

El organista puede, a su vez, dar un comentario musical, que favorece un intenso clima de recogimiento.

“Debe guardarse a su tiempo un sagrado silencio, como parte de la celebración. Su naturaleza depende del momento en que se guarde en cada celebración. Así,

en el acto penitencial y después de la invitación a orar, todos se recogen interiormente;

después de la lectura o de la homilía, meditan brevemente la palabra escuchada;

después de la Comunión, alaban y oran a Dios en su corazón” (IGMR n. 23)

DURANTE LA ORACION UNIVERSAL

Conviene que un breve silencio siga cada intercesión...

Frecuentemente los lectores se precipitan sobre la invitación “Roguemos al Señor”. La Mayoría de los fieles sería incapaz de decir por qué se ruega o que se ha pedido: y no solo, porque se ha leído a toda velocidad, sino porque no se puede decir que hubo verdaderamente oración...

Conviene que sea el diácono u otro ministro, o el mismo celebrante, el que diga: “Roguemos al Señor”, después de un breve silencio, a fin de que la asamblea pueda interiorizar la petición.

Es el momento en que la asamblea ejerce de manera privilegiada su sacerdocio bautismal.

Sobre todo, al final de las intenciones leídas por un lector, conviene que el mismo celebrante invite a un silencio más contundente “Oremos en silencio para confiar al Señor nuestras intenciones personales, todo lo que llevamos en el corazón”... Y eso antes de pronunciar la oración conclusiva.

Es el defecto de muchas concelebraciones en que se tiene el prurito de proponer cantidad de intenciones... pero no es cierto que haya verdaderamente oración de parte de la asamblea...

ANTES DE LA PRESENTACION DE LOS DONES

Con el Amen de la oración conclusiva termina la Liturgia de la Palabra.

Que el celebrante no se precipite al altar para iniciar la presentación de las ofrendas. Que se siente en su sede algunos minutos; el organista podría dar un breve prelude musical, antes de iniciar el canto que acompaña la procesión de los dones.

Que se de el tiempo de realizar una verdadera procesión. Lentamente avanzan por el pasillo central los que presentan el pan y el vino y las canastas con la ofrenda de los fieles, y cuando la procesión llega al altar, el que preside recibe el pan y el vino.

Dignificar también el dinero o los dones, y no botarlos en el suelo, sino depositarlos sobre un piso cerca del altar. La colecta de las ofrendas debe ser muy rápida, y no es normal prolongarla durante la Plegaria.

ANTES DEL PREFACIO

Convendría marcar con una pausa el paso de la liturgia de los dones que concluye con la forma breve “Por Cristo nuestro Señor, Amén”, al inicio de la plegaria eucarística que empieza con: “El Señor esté con ustedes”.

Un documento muy interesante de la Santa Sede sobre las Plegarias eucarísticas de Abril 1973 ha tenido poco auge en Chile, quizás por haber sido publicado en el *Observatore Romano* del 11 de Septiembre de 1973.

Se habla de la monición antes de la plegaria eucarística como una de las más importantes de la misa (ya estaba prevista en la IGMR, n.11):

“El sacerdote que preside la Eucaristía tiene la facultad de introducir la Plegaria eucarística con breves palabras, mediante las cuales propone a los fieles las razones de la misma acción de gracias, de forma apropiada a la asamblea, de suerte que la comunidad pueda sentir su propia vida íntimamente enmarcada en la historia de la salvación y pueda cosechar mayores frutos de la celebración de la eucaristía.” (n.8)

“Entre las moniciones revisten particular importancia aquellas cuya composición y proclamación la OGMR confía al mismo sacerdote... particularmente en la plegaria Eucarística antes del prefacio.” (n.14) Carta “Eucharistiae participationem”

EL MEMORIAL DE LA EUCARISTIA

Cada uno adora en el silencio a Cristo presente por su Cuerpo y su Sangre. Que no haya precipitación en los gestos de adoración, sino una actitud de infinito respeto. El sacerdote cuidará marcar una pausa antes de invitar la asamblea a proclamar el memorial.

LA COMUNION

El silencio se impone por si mismo, como una gran respiración. Es un momento de gran intimidad, que no se contrapone con el canto que debe expresar el carácter festivo del banquete fraternal.

El canto no debe encubrir este silencio, sino al contrario conducir a él. La IGMR prevé que el canto puede situarse durante la misma procesión de comunión (ojalá sea una procesión bien ordenada!), y el silencio después. O bien primero la procesión en silencio (conviene acompañar con un fondo musical) y luego el canto o himno (Cf. IGMR n. 56,i y j, o bien 119 y 121.)

Asimismo no se trata de hacer silencio mientras se ordena el altar. Hay que evitar el feo espectáculo de la purificación de los vasos sagrados delante de los fieles: o bien espalda al pueblo, o bien después de la misa, o bien a cargo del diácono o del acólito, pero a la credencia.

Este silencio es asunto de todos, también del sacerdote y de los ministros, y suficientemente largo, signo que una asamblea se constituye alrededor de Aquel que la congrega y que la va a despedir para la misión.